

Jose Ignacio Lacasta-Zabalza

Reflexiones sobre las elecciones presidenciales en Colombia: un triunfo del Pacto Histórico

Junio de 2022.

1.- Filosofía de la Historia a cargo de una dirigente política afrodescendiente.

Luego de conocerse los resultados de la segunda vuelta, que daban ganador a Gustavo Petro, la próxima vicepresidenta Francia Márquez, ante un público enfervorizado que llenó el estadio Movistar Arena (donde no cabían todos los miles de personas que allí fueron), pronunció estas palabras:

“Después de 214 años logramos un gobierno del pueblo, un gobierno popular, el gobierno de la gente de las manos callosas.”

Esta aseveración, vista desde Europa, puede parecer apocalíptica, ¡214 años! Pero lo más conmovedor del caso es que resulta una verdad como un templo. Nunca hubo en Colombia un Gobierno de izquierda. Los estamentos acaudalados, la oligarquía criolla, la *rosca* en lenguaje popular, se las ha arreglado siempre para mandar con una hipocresía insólita hasta en toda Iberoamérica. Así se jacta, y los intelectuales a su servicio, de no haberse producido allí nunca ningún golpe de Estado militar y conservar las formas civiles del Estado de Derecho. Situación efectiva que, por un ejemplo que sabemos gracias a la labor de la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), han encontrado compatible con el asesinato planificado por fuerzas militares del Estado colombiano de 6.402 falsos positivos. Cadáveres de jóvenes y pobres presentados como los guerrilleros que nunca fueron, muertos a sangre fría por los uniformados. Eso aconteció bajo los gobiernos de Álvaro Uribe, quien llamó a su política de “seguridad democrática”. Y es eso lo que caracterizan estas líneas como hipocresía de grueso calibre.

Esa oligarquía ingrata y cicatera, empero ha cultivado las formas jurídicas, lo que el gran historiador colombiano Indalecio Liévano Aguirre llamó *El Mito del legalismo*, una pasión por la argumentación jurídica que contagia toda la política colombiana y sus promotores intentan compaginar con una situación social de crecimiento de la pobreza y del hambre de buena parte de la población. Es decir, visten de derecho y hasta de justicia unas circunstancias de desigualdad social casi sin parangón en todo América.

Con decir que ha subido el número de los millones de hogares donde sólo se realiza una comida al día para todos sus miembros, está descrito casi todo.

Pues bien, allí mismo, en ese país de la inequidad, la izquierda ha ganado las elecciones presidenciales del año 2022. De momento, las reacciones han sido bastante positivas, pues el cultivo de las formas también tiene sus buenas consecuencias; ahora, entre la derecha también, parece que hay un campeonato -valga la ironía- por enseñar quién respeta más los resultados electorales fundamento de todo Estado de Derecho.

2.- Los resultados electorales y algunos pensamientos que sugieren.

El candidato Gustavo Petro del Pacto Histórico ha obtenido 11. 281. 013 votos, el 50,44% de los 22 millones emitidos en un censo de 39 millones, en tanto que su contrincante Rodolfo Hernández de Gobernantes Anticorrupción ha recibido 10. 580.412 sufragios que consisten en el 47, 31% de la mencionada votación. La diferencia es de 700. 000 papeletas entre uno y otro, una cantidad nada despreciable cuando lo previsto por todas las encuestas era un empate técnico.

Para saber dónde llegamos no será vano recordar de dónde se vino. En la primera vuelta Petro logró 8. 527.768 votos. Mientras que Rodolfo Hernández alcanzó 5. 953. 209 y el candidato del uribismo, Fico, se llevó algo menos, 5. 058. 010 sufragios. Entonces, el cálculo que se hicieron los partidarios de la derecha electoral, y poderosos medios de comunicación inclusive que lo repitieron *ad nauseam*, fue el siguiente: a) no parece fácil más bien imposible según se decía, que Petro superase esos ocho millones y medio de respaldo y b) sumadas las huestes votantes de Fico y Rodolfo, desbordaban a las de Petro.

Si bien es cierto que la suma aritmética, más o menos, de lo aportado por el uribismo de Fico y lo que llevaba consigo Rodolfo ha dado esos 10. 580. 412 votos de este último, Petro ha crecido, contra todos los pronósticos adversos, en 2,7 millones de papeletas. Con todo, no ha funcionado de manera mecánica la agregación del uribismo y Rodolfo Hernández, pues también ha habido voto en blanco en mesas de Medellín, por ejemplo, que antes votaban a Fico. Se ve que el corazón derechista algo se ha partido y debatido entre el sentido de propugnar cualquier cosa antes que Petro, pero también ante el ridículo que inspira la figura atrabiliaria del ingeniero de Bucaramanga llamado Rodolfo Hernández.

El Pacto Histórico ha subido su votación. Una táctica política muy acertada de insistir en buscar lo que faltaba en el seno de lo que ya ha respondido bien, en aquellas zonas de plena confianza electoral, da cuenta en buena medida de lo logrado. Hay todo un mapa de cómo la periferia, la costa del Atlántico y el Pacífico votan a la izquierda. Y el centro geográfico junto al oriente santandereano lo hace en sentido conservador. Las ciudades, sobre todo Bogotá y Cali, pero también Barranquilla y Cartagena, se inclinan hacia la izquierda y las localidades más pequeñas y el medio rural lo hacen en dirección conservadora. Como lo han destacado varios comentaristas, la cartografía de estas elecciones es la misma que la del plebiscito por la paz, que se perdió por unas decenas de miles de votos. Sólo que ahora los partidarios de los Acuerdos de Paz, que están en la periferia, vencen con holgura al centro conservador con una diferencia de setecientos mil votos.

La juventud que vota (pues ahí se da todavía una inconveniente abstención) lo hace hacia la izquierda, buena parte de los habitantes de las grandes ciudades, la población afrodescendiente en gran cantidad, pues ésta vive en la periferia en forma mayoritaria, y además la presencia de Francia Márquez arrastra cientos de miles de apoyos en las urnas, las zonas más conflictivas víctimas de la violencia como el Valle del Cauca, indígenas de diversas etnias, pero también decididos partidarios de la modernidad en un país, no se olvide, que ha legalizado el derecho al aborto y la eutanasia, donde ha crecido el feminismo y el reconocimiento de los derechos de los LGTB, muy presentes todos estos aspectos en el programa y praxis del Pacto Histórico, explican la acción de quienes han encontrado en estas elecciones la herramienta del *cambio* que desean y necesitan.

Desde luego no han sido ajenas a esa toma de conciencia las recientes y enormes movilizaciones contra la derogada reforma tributaria del caído ministro Carrasquilla, casi una insurrección social, lo que ha dado lugar a la formación de un contenido *volcán* en la afortunada metáfora de Alejandro Gaviria sobre la circunstancia actual de Colombia. Dicen los expertos en la psicología de las multitudes que éstas desenvuelven sus actos entre dos sentimientos que son el *miedo* y la *esperanza*. En estas elecciones presidenciales colombianas la esperanza se ha ubicado en el seno del Pacto Histórico. Que cambien las cosas, agónicas ante quienes sufren hambre y pobreza, que se desaloje por fin del poder a quienes siempre han mantenido esas circunstancias de injusticia.

El *miedo* es el motor principal del voto a Fico, al uribismo, y en parte del otorgado a Rodolfo Hernández, aunque en éste aparece mezclado con el propósito, justo, de erradicar la corrupción, la *robadera* en el idioma del ingeniero de Bucaramanga. Es el terror a que gobierne la izquierda de quienes identifican Venezuela con Petro. Quienes no quieren ver, con venda en los ojos, que el programa petrista es socialdemócrata, liberal y moderado. Una precaución ante lo desconocido que carece de fundamento o se fundamenta en mentiras. Como la de dejar sin pensiones a los mayores (cuando de lo que ha hablado Petro es de someterlas a un régimen público y no privado), la de “expropiar” y es una perspectiva negada por el Pacto Histórico, la de quitar los “ahorros” y hasta los “ahorros pensionales”; hay quien ha visto inclusive el fantasma del “comunismo”, como Lorenzo Madrigal (*El Espectador*, 20.6.2022). Lo que es mucho ver en un país en el que la izquierda no ha estado siquiera en el Gobierno nacional desde la independencia del imperio español.

3.- Otra dimensión a considerar: el comportamiento del liberalismo colombiano.

No hay que perder de vista ciertos trabajos sobre la historia del Colombia, como los tres volúmenes clásicos de Gerardo Molina acerca de *Las ideas liberales en Colombia* (Bogotá, Tercer Mundo, 1978). Porque una de las llaves para abrir la puerta de los resultados de estas elecciones presidenciales ha resultado ser la actitud del *liberalismo* (Molina, tomo II, pp. 253-254). No es una casualidad que uno de los anuncios electorales televisados del Pacto Histórico, bastante atractivos y originales, representase a un señor muy mayor, vestido de domingo, con su inseparable sombrero, pero con un pañuelo rojo en el bolsillo superior del traje (el rojo es el color liberal) que se dirigía a ejercer su derecho al voto; que era un voto liberal para el Pacto Histórico.

Ya lo advertía el mártir Jorge Eliécer Gaitán, él mismo surgido de las filas liberales, que, debajo de las camisas rojas y banderas de ese color, podía haber de todo o casi todo. Al lado de la masa de izquierda del mundo sindical, al costado de la gente profesional e intelectuales de un genuino republicanismo:

“Hay un grupo –decía Gaitán- que por ideas y sentimientos en nada se distinguen de la derecha”.

Y esa diferencia entre el pueblo liberal y la dirección enquistada en la cúspide del partido se ha reproducido hoy. Hacia la derecha se ha ido el Partido Liberal y su máximo responsable César Gaviria, junto con la “maquinaria” en el idioma político colombiano, para sufrir un pleno batacazo electoral correspondido con Fico en la primera vuelta y con Hernández en la segunda.

Pero el pueblo liberal también existe y se encuentra resucitado o revitalizado. Una vez desarmadas las FARC por los Acuerdos de Paz, se pueden defender con menos coacción las ideas avanzadas, incluso de izquierdas, sin que surta tanto efecto ese doloso matrimonio de cualquier propaganda progresista con el “terrorismo” y las armas.

Aquí se trata del liberalismo como tendencia cultural e ideológica. De la que el Partido Liberal forma parte, pero que alberga muchas más personas liberales que carnets de pertenencia a esa formación política. Sin más complicaciones, porque se ha visto estos días, ese ideario podría resumirse en la unión de los Acuerdos de Paz y la Constitución de 1991. Si a ello le agregamos la justicia social y la efectividad de los derechos sociales constitucionales, la fuerza de esa plataforma ideológica liberal es enorme. Entre los votos públicos liberales de ese signo a Petro están los de varias personalidades como Alfonso Prada, el exministro Luis Gilberto Murillo, Juan

Fernando Cristo que fue negociador de los mismos Acuerdos de Paz, Alejandro Gaviria y, como se dice en italiano, *e tutti quanti*. Tal vez, como no pocos liberales, Ramiro Bejarano desde su columna de *El Espectador* ha argumentado de modo convincente, mediante la defensa de los principios democráticos del Estado de Derecho, cómo se puede ser liberal de una pieza y no pertenecer a la esclerotizada “maquinaria”. Y cómo se puede votar a Petro sin ser petrista, talante en el que no ha estado sólo precisamente. Actitud que, un poco más a la izquierda de esa corriente general en opinión de quien esto escribe, sintetizó Rodrigo Uprimny en su claro artículo “Apoyo no pétreo a Petro” (*El Espectador*, 2. 6. 2022).

La disolución y fragmentación de la prometidora “coalición de la esperanza” habla por sí sola. Ha sido miope la posición de Fajardo al pedir el voto en blanco sin tener en cuenta por dónde iba el grueso de la conciencia progresista de Colombia y su perspectiva ecologista. Ha sido interesada, al arrimarse al engañoso sol que más calienta, la actitud de los hermanos Galán del Nuevo Liberalismo que dieron su voto a Rodolfo Hernández. En realidad se trataba del viejo liberalismo, de aquel que Jorge Eliécer Gaitán decía que en nada se diferencia de la derecha tradicional. Otras personas de esa misma formación Nuevo Liberalismo (y no es la única) como Mabel Lara, tan conocida en los medios de comunicación, han preferido dar su apoyo a Francia Márquez y el Pacto Histórico.

A Petro le han votado liberales que no están de acuerdo con algunas características del personaje ni con algunos puntos de su programa, como lo ha sustentado cargado de razones, algunas de las cuales aquí se comparten, Alejandro Gaviria. Pero es que, al lado de Rodolfo Hernández y sus groseras trazas, frente a un disparatado programa que promete cerrar embajadas y la cuadratura del círculo, esto es, reducir el gasto público (ya más que reducido en Colombia) sin garantizar ingresos conocidos, Gustavo Petro se nos aparece, según lo sugirió la sabia ironía del economista Salomón Kalmanovitz, casi como un moderado estadista institucional.

Chía de Cundinamarca/Colombia, 21.6. 2022.

Fuentes: página web de la Registraduría de Colombia y *El Espectador*.
José Ignacio Lacasta-Zabalza. Observatorio Internacional de Transición para la Paz (OBITPAZ).
Universidades de Zaragoza y Valencia (España), y Nueva Granada de Colombia.